



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

BOLETIN DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12772

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 8 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA — CAMBIOS. — DESCUENTOS. —

VALORES PÚBLICOS. — CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

Lo de Marruecos

La cuestión de Marruecos trae cola. Cuando parecía terminada con el tratado franco-inglés y amarraban los últimos cabos, ajustando un convenio, el ministro de Negocios extranjeros de Francia y nuestro embajador, aparece otro cabo más difícil de atar.

Por el primer convenio se encargó la vecina república del protectorado del Moghreb; por el segundo cede Francia a España el de la región lindante con sus posesiones del Norte marroquí; y ya estaba el asunto, al decir de los componedores, casi a punto de recibir la firma, cuando surge el bandido Raisuly, se lleva a lo más intrincado del monte y pide por soltarlo la luna y una parte del sol.

Y aquí comienza a enredarse el asunto, de tal modo, que lo que hasta ahora había sido coser y cantar, va ofreciendo dificultades mil. La escuadra norteamericana, que por casualidad muy sospechosa se encontraba en los mares europeos, se presenta en Tanger y exige del sultán que liberte al cautivo planteando a Francia la oca-

sión para dar comienzo á su misión de protectora.

Pero hé aquí que el yanqui Perdicaris tiene un yerno y ese yerno es inglés y está también cautivo de Raisuly, por lo cual Inglaterra envía buques a Tanger, exigiendo con respecto a su súbdito lo que exige con respecto al suyo la América del Norte.

Y una de dos: ó el sultán da al bandido Raisuly la luna y la parte del sol que éste pide por libertar a los cautivos, porque Francia se lo imponga así, con lo cual quedará grandemente humillado, ó Francia busca por sí misma á los cautivos para libertarlos. En el primer caso no será muy airosa la situación de la república vecina. El segundo no es fácil. Ir al corazón de Marruecos, a lo más abrupto, á buscar á un bandido que cuenta numerosos partidarios y no tiene interés en dar la cara, es una aventura costosa y de éxito dudoso. Pero los yanquis han dado un plazo y cuando termine obraran por su cuenta, como obran las naciones en casos semejantes, bombardeando puertos.

¿Qué sucederá si eso ocurre? ¿Se avendra Francia a que tome posesión una potencia extraña de una parte de aquella cuyo protectorado ejerce?

Hay quienes consideran sospe-

choso todo lo que pasa. Algunos lo titulan comedia y necesario es decir que lo parece, porque todo es casual en ese asunto.

Téngase presente que son aliadas Inglaterra y la América del Norte; que el bandido Raisuly ha secuestrado á un norteamericano y un inglés; que á Francia le ha de ser difícil libertar los cautivos y que aquellas naciones han de obrar en común.

De aquí que por todas partes surja la sospecha de si se trata de una intriga, cuyo objetivo puede ser para la América del Norte, la posesión de un puerto marroquí, que la haga copartícipe del Mediterráneo.

Algo puede relacionarse con esto el siguiente despacho que dirige á «La Correspondencia de España» su corresponsal en París:

«Es tema de todos los comentarios una noticia que ha circulado hoy con gran insistencia en los círculos diplomáticos, trascendiendo á los centros en donde se reúnen los periodistas.

Se refiere á un tratado de alianza entre los Estados Unidos, Inglaterra y Japon, tratado de fecha antigua, y en virtud del cual se arriesgaron los yanquis en la guerra con España, seguros de no tener complicaciones.

La noticia añade que los Estados Unidos cederan el archipiélago filipino al Japon en cuanto termine su guerra con Rusia y que Inglaterra dará entrada á los Estados Unidos en los mares europeos, exigiendo de España y Francia la concesión de puertos en Marruecos para su aliada americana.

Si la noticia se confirma, se demostrará lo que se supo cuando la guerra hispano-yanqui. Que la flota japonesa estaba á la expectativa y que los yanquis contaban con el concurso de los japoneses para el caso de que hubieran tenido un fracaso.

Si es cierta la noticia, estará de-

mostrado también que hay sobra de razon para calificar de sospechoso lo que ocurre en Tanger.

¿Habrá llegado—mejor dicho—se habrá buscado la ocasión de que los Estados Unidos participen en el imperio marroquí?

Porque si es verdad la noticia parisiense, mejor ocasión que la de ahora, ni pintada.

Tan buena es que á todos parece sospechosos.

Hablando de ella dice un periódico de gran circulación que goza fama de estar bien informado:

«Ya hay quien dice que el secuestro de Mr. Perdicaris es valor entendido, treta diplomática, golpe de habilidad, pretexto para que los Estados Unidos intervengan en Marruecos. Algo parecido al famoso ataque á las Legaciones chinas de Pekín, proyectado y realizado de acuerdo con algunos mandarines chinos, con objeto de que las Potencias tuviesen pretexto de posar las uñas de sus garras sobre los puertos estratégicos del Mar Amarillo.»

El asunto es oscuro, muy oscuro. Esa aventura debe correrla quien a ello esté obligado. Nosotros no estamos para intrigas y no debemos tomar vela en ese entierro, porque nada tenemos que ganar y sí que perder.

La esfera de influencia que se nos ofrece en el Norte marroquí no vale una aventura semejante.

TIJERETAZOS

Cristóbal de Castro, el distinguido redactor de «La Correspondencia», que desde la capital moscovita hacia saber á España, por aquel periódico, la verdadera causa del fracaso de Rusia, ha tenido que levantar el campo.

La censura le impide continuar la información.

Porque allí, como aquí y en todas partes la verdad es delito.

Y como no es su gusto naturalizarse si beriano, é iba camino de ello, ha dicho: «¡A casa!»

Después de todo poco irá perdiendo, por que entre el verano de las playas españolas y las noches blancas de San Petersburgo mejores son las playas.

Los que pierden son los que leían sus correspondencias, nosotros inclusive.

A bien que ofrece decir aquí lo que no ha podido decir desde Rusia y algo es algo.

Conque bienvenido y venga de ahí.

Tratando «El Globo» del proyectado impuesto sobre los alcoholes, dice que este asunto va preocupando tanto á la opinión que no juzga el colega aventurado suponer:

«Que este proyecto irá á juntarse con los de administración y saneamiento de la moneda.»

Que, de insistir en sacarlo adelante, la situación peligrará.

Y que si prevalecen las enmiendas anunciadas, más les valiera á los Sres. Osma y Maura no haber hecho caso de los que persiguen el *trust* alcohólico.

¿Con que hay *trust*?

Pues enmiendas contra él.

O contra el proyecto, que es lo mismo.

Ya tenemos bastante con el de la azúcar.

Dicen de Londres:

«Telegrafían de Tokio que los rusos parecen haber renovado sus tentativas para desembarazar de obstáculos la entrada de la bahía de Port-Arthur.»

¡Pero no habíamos quedado en que los torpederos moscovitas entraban y salían como Pedro por su casa?

¡Cualquiera se entera de lo que para allí!

El Sr. Maura ha calificado de bullanga la agitación que promueven los alcohólicos.

Y éstos se han resentido hasta el punto de renunciar á visitarlo para exponerle sus pretensiones.

Es lo que dicen ellos sintiendo que el alcohol se les arbo á las cabezas:

«No hay que rebajarse.»

SEDA

¡Frou, frou!

Hay malas noticias este año de la cosecha de capullos de seda, y según los que están enterados de estas cosas, más de la

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 250

—Pues en ese caso pronto estoy á unirme á él... y solo me queda la obligación de vivir siempre agradecido á vuestros favores.

—No hablemos de eso, coronel; más permitidme decir os una palabra.

—Os escucharé con toda la atención que pueda.

—El convoy está ahí y podéis tomar la determinación que os plazca; pero antes debo deciros todo lo que sobre el particular me ocurre.

Quizás podáis sentiros influido por el temor de una indiscreción, y vuestra preocupación de honor debe haceros pensar en esto seriamente.

—Os aseguro que no me ha pasado siquiera por la imaginación.

—Euhorabuena, pero no por eso dejaré de empeñaros mi palabra de honor de no revelar jamás á nadie el secreto de vuestro nombre ni vuestro origen francés, si consentís en lo que os estoy, suplicando en vano hace ya tiempo.

—Os doy gracias por vuestra atención, señor conde, pero estoy ya decidido á marchar.

—Escuchadme todavía una palabra, coronel: ¿No somos todos los hombres hermanos?

Vuestra Francia, ¿no deja de existir para vos en uno y otro caso?

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 251

Antes de condenaros á la inutilidad de la muerte, ¿no vale más servir al emperador que acabar la vida en un cautiverio cruel?

—Yo no puedo servir á los enemigos de mi patria.

—La política del gobierno ruso podrá ser contraria á la de Francia, pero los rusos no somos enemigos de los franceses... Suponerlo, sería hacernos una injusticia...

—No importa, señor conde; espero que deis las órdenes oportunas para que se me incorpore á mis valientes y deadichados compatriotas, y orsed en mi eterna gratitud.

—Seguidme, coronel.

Gustavo siguió al conde Ostroff á una estancia vecina desde donde podía ver en toda su extensión y horror el cuadro doloroso que ofrecían los prisioneros franceses.

El conde le indicó con el dedo á Gustavo, y este fué testigo de uno de esos actos de repugnante crueldad que se permiten en todas partes, pero muy particularmente en Rusia los subalternos.

Un viejo sargento había intentado sustraerse á la vigilancia de sus guardianes, y el oficial que mandaba el destacamento, había dado las órdenes necesarias para que se le detuviese.

LOS DOS HERMANOS

254

Gustavo, con el corazón destrozado, había hecho todas las promesas y juramentos que se le habían exigido, y en la nueva vía en que se hallaba empeñado á pesar del gran sueldo que se le había asignado, sentía que ya no quedaba para él esperanza, ni más arbitrio que el de hacerse matar en la primera ocasión.

Había cedido á las reiteradas sugerencias del conde Ostroff: la vista del espectáculo desgarrador de la muerte del pobre sargento veterano, le había infundido terror, miedo... sí, miedo era lo que había experimentado en el fondo de su corazón, él, cuya bravura, cuyo arrojo, en medio de los mayores peligros, habían sido objeto de especial mención en la orden del día del ejército; había temblado, había temido á la vista del odioso suplicio de las baquetas y del Kuont moscovita.

Y ahora que había cesado de estimarse á sí mismo, que era traidor á la patria, le era preciso arrancarse del corazón su amor y la memoria de Eugenia.

Nunca la noble joven perdonaría semejante perfidia, ni tendría una mirada para el francés apóstata, para el renegado que había abjurado de su ley y de su patria.

Gustavo Castelnau, transformado en unos cuantos días en el coronel ruso, conde de Arrov por la gracia